

Conflicto entre China y el Tibet

FOREIGN POLICY: ¿Qué piden los tibetanos? ¿La independencia o disfrutar de una mayor parte del crecimiento económico y de la modernización de Tíbet, que ha estado dominada por la etnia china han?

Robert Barnett: En realidad, ninguna de esas cosas. Tenemos que ser cuidadosos y no confundir la postura de los exiliados políticos, que reclaman esto y lo otro en contra de China, con las cuestiones internas, que son mucho más pragmáticas, complejas y sofisticadas.

Un importante sector de tibetanos se ha enriquecido mucho porque China ha invertido dinero en crear una clase media en las ciudades de esta región, aunque los beneficios no han llegado al campo ni a la clase baja. De modo que no podemos hablar de esto sólo como una cuestión de modernización económica. Podríamos explicar la violencia contra los chinos [de la etnia Han] de esta manera, pero la violencia ha estado presente sólo en una manifestación, de las 50 que se han producido durante las últimas semanas.

Estas protestas se llevan a cabo por dos razones. Un gran sector de la población rural ha dicho: “Tíbet fue independiente en el pasado. Nosotros reafirmamos esa creencia. Pero eso no significa que reclamemos esa independencia de nuevo, aunque sí la estamos introduciendo en el debate”. También añaden: “El Dalai Lama representa nuestros intereses”. Y creo que existe una tercera razón: “De ninguna manera estamos contentos con el presidente chino Hu Jintao”. Esta es una importante declaración política que nadie anticipó.

FP: Estamos viendo fotos de protestas en Lhasa y en todo el mundo. Pero, usted sugiere que lo verdaderamente importante está en el clamor popular de las revueltas en el campo.

RB: No es un clamor popular, es un maremoto. Es la cosa más importante que ha pasado en la historia tibetana en los últimos cuarenta años. Las protestas no son importantes para China, excepto en las relaciones públicas. Las resuelven con operaciones de seguridad; toman medidas muy duras y encarcelan a la gente. Esto no tiene nada que ver con la importancia de todo lo que está pasando. Lo más significativo de las 50 protestas es que los campesinos han tomado el campo. Van a caballo o se manifiestan ante la oficina del gobierno local o ante la policía, lo queman hasta convertirlo en cenizas y enarbolan la bandera de Tibet. Te pueden disparar por llevar esas banderas en un año no olímpico. No se ha visto nada igual en décadas, y tiene una incalculable importancia política para Pekín.

FP: ¿Cree que las protestas se diluirán o crecerán y se extenderán?

RB: Definitivamente se diluirán porque la fuerza [china] es demasiado grande y, de todos modos, los tibetanos ya han lanzado su mensaje. En Occidente, creemos que la gente hace política diciendo “Voy a organizar una protesta para conseguir X”. Pero en China nadie consigue “X”. Las cosas no funcionan así. Se trata uno de los sistemas más poderosos del mundo. En cambio, al quemar el edificio de un gobierno o ensalzar una bandera se logra una gran victoria, porque China ha creado una política simbólica en la que se supone que todos han olvidado que una vez fueron independientes. Así que, haciendo eso, se cambia por completo la ecuación política.

FP: ¿Existe algún tipo de conflicto generacional en la comunidad en el exilio donde, los más mayores son más pacíficos y los jóvenes quieren una confrontación con China?

RB: Desde luego, hay un grupo cada vez más numeroso, sobre todo de jóvenes que hablan inglés o hindi, que está muy animado ante la idea de que la diplomacia no funciona –y nunca lo hará– en China, y deben luchar por la independencia. En este caso, la independencia implica que no se puede confiar en China y que una figura espiritual como el Dalai Lama no puede ser lo suficientemente dura. Pero es un poco complicado. Sienten que están sacando músculo, porque están haciendo lo que él no puede como monje y figura espiritual. Pero no cuestionan su prestigio y le ven como la solución. Dentro de Tíbet, nadie duda de su prestigio o su potencial para ser la clave de la solución. Si George Bush tuviera un 1% del apoyo que tiene este hombre, el presidente estadounidense sería un hombre feliz. No se le puede ganar en sondeos.

FP: ¿Existe alguna posibilidad de que China reconozca su legitimidad como líder y se sienta con el Dalai Lama en un futuro próximo?

RB: Es una posibilidad. Pero el problema es el siguiente: el mandato del Dalai Lama y la mayoría de las cosas que ha estado diciendo se han visto reforzadas por estos hechos. Así que, en este momento, es más difícil para el Gobierno chino sentarse a hablar con él. Hu Jintao podría dialogar con el Dalai Lama, y conseguiría enormes beneficios internacionales a corto plazo. Pero podría volverse en su contra. Los chinos entienden la historia. Son sensatos al reconocer que el nacionalismo ya no es una fuerza domesticable. No pueden asumir que un poder político nunca será cuestionado, así que hay que dirigirse constantemente a la gente y decir: “Estamos escuchando vuestras quejas”.

FP: ¿Será difícil que India tolere al gobierno tibetano en el exilio?

RB: Nueva Delhi está cambiando de dirección y distanciándose de los exiliados. Algunos creen que está preparándose para la muerte del Dalai Lama, y entonces se alejará todavía más. Hubo indicios de un gran cambio después de que el líder tibetano recibiera la medalla de oro del Congreso estadounidense el pasado octubre. El Gobierno indio emitió una orden, presumiblemente bajo la presión de China, prohibiendo a sus ministros recibirle o reunirse con él tras su regreso. Esto se vio como algo muy inusual. No quiero sugerir un mayor reajuste, pero todo indica que India se mantiene ambigua, pero mostrando que quiere estrechar lazos con China. Dicho esto, todavía no ha tomado ninguna medida irreversible en relación con los tibetanos.

FP: ¿Qué falta en la cobertura que hacen los medios de la situación en Tíbet que crea que la gente debe saber?

RB: Tenemos que dejar a un lado esas cuestiones que fascinan a algunos como: “¿Está perdiendo poder el Dalai Lama?”. Eso es lo opuesto al tema del que se está hablando. Las quejas de los exiliados no tienen que ver con el poder. Y también hay que dejar a un lado las sugerencias sobre que las protestas en Tíbet son porque la gente está descontenta por la pérdida económica. Eso es una visión reduccionista. Y creo que tenemos que acabar con cualquier idea de que el Gobierno chino es malintencionado o intenta acabar con Tíbet. Obviamente, es horrible que la gente esté siendo golpeada o asesinada. Pero se está produciendo un cambio histórico en el perfil de las políticas tibetanas. Estamos observando algo mucho más a largo plazo que cualquier inmediata

preocupación por los Juegos Olímpicos, sobre si alguien planeó alguna de esas cosas, o si la gente está harta de las desventajas económicas. Los historiadores nos dirán que nos perdimos *la gran foto* si no somos conscientes de la gran historia que hay aquí. Todos los altos cargos políticos van a ir al campo para escuchar las quejas de los tibetanos y averiguar qué ha ido mal con la máquina política en China. (www.fp-es.org)

CONFLICTO TIBETANO

El Tibet ha sido un país que ha sufrido numerosas invasiones por parte de sus vecinos chinos, mogoles (fueron quienes cedieron el poder a los Dalai Lama), manchúes, nepalíes e incluso de Inglaterra; en la primera parte del siglo XX se han repetido los intentos de ocupación del Tibet, por parte de China, que culminaron con la anexión definitiva en 1949.

Inglaterra, que tuvo grandes intereses comerciales en la zona, fue mediadora, en un principio, del conflicto para dejar después las manos libres al gobierno chino. Así, los ingleses envían sus tropas al Tíbet, en 1904, para contrarrestar la creciente influencia rusa en la zona. El Dalai Lama huye a Mongolia permaneciendo en el exilio hasta 1911. En 1906 los ingleses ceden al imperio chino la soberanía en el Tibet a cambio del pago de una sustanciosa indemnización. Un año después, los gobiernos británico y ruso firman un acuerdo de no injerencia en los asuntos tibetanos. Pero los tibetanos no se resignan a la ocupación china y, en 1912, los expulsan proclamando su independencia, que se verá teóricamente refrendada dos años después en la conferencia que los gobiernos británico, chino y tibetano celebraron en Simla, donde se alcanza un acuerdo sobre las relaciones fronterizas. En 1918 se produce un nuevo intento de invasión por parte china. Con ayuda británica se acordó una tregua que fue rota con una nueva guerra entre 1931 y 1933, tras la cual el Tibet tuvo que ceder parte de su territorio. A pesar de todo el Tibet mantuvo su independencia hasta 1949, en la que se inicia la invasión definitiva de los chinos tras la revolución maoísta.

LA INVASIÓN DEFINITIVA

En 1949 los nacionalistas de Chang Kai Chek abandonan su guarnición en Lhasa y la recién nacida República Popular China, liderada por Mao Tse Tung, inicia una obstinada reclamación territorial sobre el Tibet proclamando que «*irán a liberar al Tibet de los invasores extranjeros y reintegrarlo a la Tierra Madre*». China envía un ejército de 80.000 soldados que impone con facilidad un *Acuerdo por la Liberalización Pacífica del Tibet*, el cual confirió a dicho país la defensa y la representación en política exterior del Tibet dejando la política interior en manos del Dalai Lama.

Sin embargo, este hecho es sólo un primer paso en la estrategia anexionista del gobierno de Pekín y, en 1950, los chinos penetran en Lhasa ocupando definitivamente el país de las nieves. En 1956 se crea la *Región Autónoma del Tibet* provocando el levantamiento del pueblo tibetano y la creación de una guerrilla en contra de la ocupación y de la política china de instituir comunas populares, copiadas de las establecidas por el régimen comunista tras la revolución. Sin embargo, la guerrilla, pobre, desorganizada y mal dirigida, fue fácilmente aplastada por el Ejército chino. El acto final de la revuelta popular se produce el 10 de marzo de 1959 con la trágica represión de una multitudinaria manifestación pacífica por la independencia en la que mueren, según todos los datos, miles de tibetanos y que provoca la huida del Dalai Lama y de sus seguidores a Nepal y la India. A pesar de diversas resoluciones aprobadas por la Asamblea de las Naciones Unidas condenando estos hechos, la anexión se consuma.

LOS «CUATRO ATRASOS»

La derrota de la resistencia tibetana permitió que los chinos comenzaran a desarrollar la política que tenían preparada para el Tibet y que se vino a denominar como la de los «cuatro atrasos»: la religión (budista, omnipresente en la vida del pueblo tibetano), la forma de vida *atrasada*, la cultura y, sobre todo, la forma de pensar de sus gentes.

Cuando las tropas chinas entraron en el Tibet, el país todavía seguía siendo un territorio alejado e inaccesible tanto para Occidente como para sus propios vecinos asiáticos. El sistema gobernante era una teocracia budista y la sociedad tibetana estaba organizada en rígidas clases sociales, con una minoría de terratenientes que ostentaban numerosos privilegios, aunque, por supuesto, este hecho no fue el detonante de la invasión.

La ocupación ha supuesto la destrucción de monasterios y la reconversión de muchos de estos templos en sedes oficiales para el Gobierno chino o en centros de negocio turísticos. El número de monjes budistas ha disminuido hasta el punto de que podrían quedar en la actualidad sólo un millar. Las denuncias sobre persecuciones, encarcelamientos y asesinatos del clero han sido reiteradas y hablan bien a las claras de cómo los ocupantes pretenden resolver uno de los «atrasos». La prensa occidental, durante estos años de ocupación, ha venido publicando dramáticas noticias de monjas y monjes que habrían sido obligados a tener relaciones sexuales en público, el confinamiento de miles de tibetanos en campos de trabajo forzoso o cómo los locales sagrados han sido convertidos en establos o graneros, amén de la destrucción de piedras labradas con *mantras* (rezos) sagrados, bibliotecas que atesoraban manuscritos centenarios y la persecución de muchos eremitas que fueron insultados y ridiculizados públicamente llegando incluso a torturar a los mismos.

El Tibet, además de tener un subsuelo muy rico en minerales, detenta una gran importancia económica y geopolítica: se calcula que un 25% de los misiles intercontinentales de cabezas múltiples de China están desplegados en suelo tibetano. El colonialismo chino se extiende, así mismo, a la utilización del suelo tibetano, un ecosistema único en el planeta, como vertedero de material radiactivo y muchos bosques han sido talados de manera indiscriminada para la obtención de madera que nunca se queda en el país.

LA SOLUCIÓN FINAL

La forma en que los chinos están intentando determinar el futuro de este pueblo, es otro de los graves problemas —si no el principal— que gravitan sobre la sociedad tibetana. Los niños tibetanos están siendo educados férreamente bajo los principios comunistas, lejos de sus tradiciones culturales. Además, las autoridades del gigante vecino están propiciando la emigración de miles de trabajadores chinos con la garantía de que tendrán buenos empleos y salarios, así como destacadas ventajas sociales de las que, seguramente, no disfrutarían en su país natal. La inmensa mayoría de las tiendas y negocios están ya en manos de los invasores. La ciudad permanece dividida en dos comunidades, una próspera y otra pobre —la tibetana—. La mendicidad es otra lacra: pensemos que los ingresos mensuales medios son de unos 9 euros. A esta situación se suma la «política» de natalidad impuesta a la población tibetana, una política que ronda —según todas las noticias— el genocidio, dado que se fuerza la esterilización de muchas mujeres. Los chinos, mientras tanto, aumentan día a día su número.

EL BUDISMO

La religión ha estado siempre muy presente en la conciencia popular tibetana. Comúnmente se dice que en el Tibet se practica el Budismo Tántrico (tantra significa ‘transformación’), pero en realidad practican una de las reglas de esta religión, la Mahayana, cuyo objetivo es la liberación de todos los seres. Esta vía del budismo tiene la peculiaridad de que antes de que se produzca la liberación individual se debe adoptar el compromiso de liberar a todos los demás, por largo que sea este camino.

No es de extrañar pues que estas convicciones del pueblo tibetano choquen frontalmente con las teorías materialistas del comunismo. Las carreteras, los hospitales, la luz eléctrica, el nuevo aeropuerto de Lhasa..., no son suficientes para cambiar la mentalidad ancestral de un pueblo tan impregnado por la religión y lo grave y anacrónico es que la administración china pretende desterrar, por la fuerza, las creencias de los tibetanos. Así, son frecuentes las campañas en contra del Dalai Lama, al que se acusa de todo tipo de crímenes, con el objetivo evidente de minar la confianza del pueblo en él y, de paso, intentar desterrar la religión que representa. Las campañas internacionales en defensa de la libertad religiosa de estas gentes han resultado positivas, limitando un poco la política represiva de los ocupantes en este terreno.

LA REPRESIÓN POLÍTICA

Las detenciones y encarcelamientos por motivos políticos en el Tibet continúan. El Gobierno tibetano en el exilio denuncia torturas por parte del Ejército. China lo niega, pero tiene cerrado el país a cal y canto. La entrada de periodistas está prácticamente prohibida y los turistas sólo pueden viajar a unas zonas escogidas, bajo el control de las autoridades. China, por supuesto, nunca ha reconocido su papel de invasor del Tibet y mantiene que dicho acto fue la «liberación pacífica de una región oprimida que siempre había pertenecido a China», «liberación» que, sin embargo, no permite hablar en su propia lengua a los tibetanos: todos están obligados a hablar chino.

El Tibet, el «techo del mundo», se enfrenta a una dura situación. Ocupado por uno de los países más poderosos de la Tierra, sus tradiciones ancestrales están siendo atacadas brutalmente y sus gentes sufren la miseria, la persecución y, en muchos casos, la muerte. Es otro ejemplo más del colonialismo salvaje (¿hay, acaso, alguno que no lo sea?) que antaño destruyó numerosas sociedades en América, África y Asia.

Quizá la apertura de China al mundo, en un despertar que aterró a Napoleón y que —al parecer— hizo que pronunciara la famosa frase «Dejad que China duerma; cuando despierte, el mundo temblará» sea un hálito de esperanza para los tibetanos, pues la política de este país con el Tibet será inaceptable para la sociedad global en que ya vivimos. Pero, por supuesto, esto no deja de ser una entelequia: el futuro del pueblo tibetano depende de su propia lucha y del apoyo de todas las fuerzas sociales que luchan por hacer un mundo más justo.

Mientras llega ese momento, es seguro que los tibetanos seguirán esperando, a la sombra del Chomolungma, la montaña que nosotros llamamos Everest y que marca la frontera entre Nepal y Tibet, la liberación de todos los seres. Si algo ha enseñado la historia es que las convicciones no se cambian a base de culatazos.

Artículo por José Miguel Jiménez y Pedro M. Martínez. (www.margencero.com)

TIBET, LA ETERNA ESPERANZA

Y es que la China de hoy nada tiene que ver con aquella supuesta amenaza comunista que emergió en un mundo bipolarizado y en plena guerra fría y constituye hoy un codiciado aliado económico para los países occidentales, que saben que cuestionar la integridad territorial china e irritar con ello a sus autoridades deviene un error estratégico.

Actualmente, la mayoría de las exigencias de los tibetanos, encabezados por el XIV Dalai Lama, Tenzin Gyatzo, quien vive exiliado en India desde 1959, se centran en la demanda de una mayor autonomía o autonomía plena para su país, dentro de China, concedores de la dificultad que entraña la independencia, una circunstancia “extremadamente improbable”, según palabras del tibetólogo Ramon Prats, doctor en Estudios Tibetanos y profesor adjunto de la Universitat Pompeu Fabra (UPF) de Barcelona.

Por su lado, Pekín, que no ha cambiado de actitud desde los años ochenta, década en la que se comprometió a aceptar el regreso del líder espiritual tibetano a China –pero no a Tíbet, por su simbolismo– sigue esgrimiendo la economía y el desarrollo del territorio como prueba de que la invasión de 1950 sólo ha reportado beneficios a sus habitantes. Ni siquiera la celebración de los Juegos Olímpicos de 2008 en Pekín hará cambiar su posición.

China siempre ha descrito la antigua sociedad tibetana como un mundo primitivo, basado en un sistema feudal anclado en la Edad Media donde gran parte de su población era esclavizada por la aristocracia. Y consecuentes con ese punto de vista, las autoridades chinas recurren constantemente, a modo de propaganda, a los datos económicos para defender su actitud.

“Antes de la invasión, el 95% de la población del territorio ni siquiera tenía acceso a alimentos”. Awang Ciren, investigador del Instituto de Tíbet Contemporáneo en la Academia de Ciencias Sociales de Tíbet, afirma que el nivel de vida de los tibetanos ha aumentado considerablemente desde que su país forma parte de China y asegura, además, que su cultura no sólo está bien protegida sino que Pekín colabora en su desarrollo.

En ello coincide Chen Wei, vicerrector del Instituto de Administración de la provincia de Qinghai, fronteriza con el Tíbet: “Pekín ha protegido más de 1.700 templos budistas tibetanos, incluido el Palacio Potala –sede del Gobierno–, invirtiendo en su reconstrucción millones de yuanes”. Chen añade, además, que “todas las religiones son respetadas y protegidas” y que para evitar la desaparición de la lengua tibetana “publicamos más de cuatro millones de ejemplares de libros escritos en su idioma al año”.

Unas opiniones que se suman a las estadísticas oficiales vertidas anualmente por el Gobierno de la Región Autónoma del Tíbet, según las cuales el PIB por cápita del territorio aumenta año tras año gracias, básicamente, a la ayuda económica recibida desde Pekín y a los beneficios de la recientemente inaugurada conexión vía tren entre Lhasa, capital del Tíbet, y China.

Sin embargo, las autoridades tibetanas esconden la cara oculta de dicho desarrollo: la violación de los derechos humanos de la etnia tibetana a través de los desplazamientos forzados. Desde el año 2000, 700.000 pastores tibetanos han sido trasladados a zonas urbanas de otras provincias, destruyendo, de este modo, su estilo de vida.

Del mismo modo, Pekín lleva a cabo desde hace decenios, una política de incentivos para repoblar el Tíbet con chinos de etnia han, la mayoritaria en el país, que ocupan, además, las cotas de poder y de negocio más importantes. Esta etnia, que recibe compensaciones económicas por ir a vivir a Lhasa, está provocando un cambio en el estilo de vida del territorio, ya que trae consigo algunas de sus peores hábitos y negocios, como el juego o la prostitución.

Por si fuera poco, la Revolución Cultural, campaña emprendida por Mao a mediados de los sesenta, supuso la destrucción de buena parte de los bienes culturales del Tíbet y la imagen del XIV Dalai Lama está aún hoy totalmente prohibida en el territorio, a pesar de que la propia Constitución china garantiza la libertad de culto mediante el artículo 36: “ninguna organización estatal, pública o individual puede obligar a los ciudadanos a creer o a no creer en cualquier religión; nadie puede ser discriminado por sus creencias religiosas”.

Una política que el Dalai Lama no ha dudado en calificar como “genocidio cultural”. “Si todo sigue igual, la cultura tibetana corre el riesgo de desaparecer en unos 10 o 15 años”. Quien así se expresa es el monje budista Thubten Wangchen, director de la Fundación Casa del Tíbet de Barcelona, quien, además de desmentir la descripción que de su antigua sociedad hacen las autoridades y la sociedad chinas, afirma que el desarrollo del país “sólo beneficia a los chinos, los tibetanos no tienen ni voz ni mercado” y denuncia que “el mundo no hace nada por el Tíbet”.

De hecho, el principal (y único) aliado que Tíbet posee internacionalmente es India, país donde se constituyó el Gobierno tibetano en el exilio en 1959. Los esporádicos apoyos gubernamentales que reciben tanto el territorio como el Dalai Lama son rápidamente contestados por embajadores que amenazan con congelar relaciones con dichos países si prosiguen con su actitud. El mayor aliado de Pekín es el temor a perder el emergente mercado chino, aunque el lama Thubten Wangchen recuerda que “más importante que el mercado son los derechos humanos y la libertad”.

Actualmente, la única circunstancia que podría provocar un giro radical en las posturas de ambos países es el futuro del XIV Dalai Lama. Considerado por Pekín como el líder del movimiento independentista tibetano –de ahí que su imagen esté censurada–, y considerado por los tibetanos como su guía espiritual, su muerte (tiene 73 años) podría suponer un cambio de rumbo en las negociaciones.

“La muerte del Dalai Lama –afirma el tibetólogo Ramon Prats– significaría el fin de las aspiraciones independentistas del Tíbet”. Según Prats la desaparición de su líder espiritual supondría para los tibetanos perder a su guía y con él se irían todas las esperanzas de encontrar un futuro mejor. El propio Prats explica que el actual Dalai Lama ha anunciado que su reencarnación se producirá en el exilio, para que China no pueda controlarle ni engañar con un supuesto sustituto a los tibetanos.

No piensa así el lama Wangchen quien considera que si los tibetanos no se han rebelado durante estos últimos decenios es porque el Dalai Lama se lo impide. El director de la Fundación Casa del Tíbet de Barcelona se muestra convencido de que el día que ya no exista esta prohibición, los jóvenes, cuya inmensa paciencia les veda el actuar, se rebelarán contra China. El futuro dirá.

Más de cincuenta años de lucha pacifista

Tan sólo un año después de la victoria del ejército popular de Mao Tse-tung sobre el Kuomintang de Chiang Kai-shek y de la posterior proclamación de la República Popular en 1949, China envió 40.000 soldados al Tíbet con el fin de invadir un territorio reclamado como provincia china desde hacía siglos. Aunque no hay datos oficiales, se estima que los soldados chinos segaron la vida de hasta un millón de tibetanos.

Ante la imposibilidad de hacer frente a la anexión con poco más de 12.000 soldados, el XIV Dalai Lama, que por aquel entonces contaba 16 años, accedió a negociar con los líderes chinos, con los que selló el llamado “Acuerdo de 17 Puntos”, a través del cual Pekín se comprometía a reconocer el sistema político del Tíbet y con ello las funciones, el poder y el estatus del Dalai Lama mientras que, por su lado, Lhasa admitía formar parte de la “gran familia de República Popular China”.

Ese pacto no evitó que la sociedad tibetana iniciara movimientos de protesta que culminaron, en 1959, en una rebelión que supuso un antes y un después en la historia del territorio. El 17 de marzo de aquel año, tras el fracaso de la rebelión, duramente reprimida por Pekín y en la que murieron miles de manifestantes, el Dalai Lama tomó la decisión de huir a India, donde aún hoy vive exiliado. Cerca de 80.000 tibetanos acompañaron a su líder espiritual en el exilio.

El Partido Comunista Chino, como en muchas otras cuestiones, siempre ha tratado de minimizar o rebatir los hechos históricos, como lo demuestran las palabras del investigador Awang Ciren: “China nunca invadió el Tíbet”. El PCCh califica los sucesos que marcaron el devenir del Tíbet como “liberación” y “reforma democrática” con la que, según el propio Awang, en 1959 se puso fin a una “teocracia feudal de siervos”.

Desde 1965, el territorio está constituido como la Región Autónoma del Tíbet, y dotado con pequeñas cuotas de autogobierno, regidas por una administración tutelada por Pekín.

Pero a pesar de la pérdida de la propia soberanía, a pesar de la sumisión y de las miles de muertes que la invasión ha provocado, la sociedad tibetana, en un claro contraste con los uigures, etnia que también aspira a independizarse de China, jamás ha defendido la violencia ni la lucha armada en su eterna batalla por la autodeterminación.

“No hemos defendido la lucha armada ni ahora ni nunca, la violencia es sucia. Nuestras armas son la verdad y la paciencia”. Thubten Wangchen afirma que las enseñanzas y los consejos del Dalai Lama, así como la inspiración budista de su pueblo, impiden a los tibetanos empuñar arma alguna contra Pekín.

“Existieron guerrilleros tibetanos tan sólo en los primeros tiempos de la invasión”. El doctor en Estudios tibetanos, recuerda que una pequeña parte de la sociedad del Tíbet se enfrentó a China, pero afirma que el sentimiento budista ve la violencia como algo muy negativo. Su lucha, por lo tanto, seguirá basándose en las eternas negociaciones con Pekín y en la paciencia.

(www.asiared.com)